

prestar á la buena causa, yo te delataría á la Santa Inquisición, que te pondría á buen recaudo; pero no desconfío de que á tus solas y en el silencio de la noche te se representará la difunta á quien infamas y te hará arrepentir de tus demencias.

Los soldados escuchaban el diálogo algo conmovidos, y la conversación roló después refiriendo cada uno los cuentos que sabían de muertos, de espantos, apariciones y demonios, sin olvidarse por supuesto del diablo, que se aparecía y aporreaba muchas noches al centinela de la sala del crimen en palacio, donde para perpetua memoria quedaban en la pared las señales de los tiros que habían dejado ir los centinelas en el acto de tan terrible lucha.

En estas conversaciones pasaron el tiempo que siguió después que salieron de la accesoria de la muerta, hasta después del toque de las oraciones, que llamaron por su turno á los que debían hacer su cuarto de centinela, después de alzarse el puente levadizo y de cerrarse las puertas.

En la principal fué donde le tocó á nuestro gallego, que por las pláticas anteriores tenía la fantasía llena de espectros y fantasmas, de muertos y diablos aparecidos. En la soledad y obscuridad de la noche cada sombra le parecía un demonio, y cada ruido, por ligero que fuese, creía que lo ocasionaban los pasos lentos y mesurados de

algún difunto que venía á vengar á su compañera, la que estaba tendida en la accesoria, ó tal vez ella misma, según le había profetizado el lego, amenazándolo para el tiempo silencioso de la noche.

El, para distraerse, comenzaba á cantar la jota ú otro de los sonecitos que eran familiares á sus camaradas; pero ninguno acababa, porque á pesar de sus esfuerzos no se borraban de su imaginación los espantos y las amenazas del fraile.

Pasando entre el susto y la congoja la mayor parte de las dos horas que debía durar su cuarto, y sin atreverse á llamar á alguno de sus camaradas, porque no conociesen su miedo y lo tildasen de cobarde, siendo para lo sucesivo el blanco de sus groseras burlas.

Estaba ya para concluirse su tiempo, cuando dieron las nueve; hora en que, bajándose el puente levadizo, se dejaban pasar las gentes que viviendo fuera de cortadura se habían demorado en la ciudad por sus negocios y tenían que retirarse á sus casas. Se hizo como siempre, y el gallego tuvo unos momentos de distracción con los que pasaban, olvidándose de los espantos; pero después de un cuarto de hora que ya nadie transitaba por allí, á pesar de no haberse aún levantado el puente, ¿cuál sería su sorpresa y espanto al ver que se le acercaba á pasos lentos una mujer vestida, según le pareció, de su mortaja, con un santo cristo colgado al cuello, y su corona de

flores ajadas y deslucidas, como podía distinguirse á los pálidos rayos de la luna que comenzaba á salir? Le temblaban las rodillas, y siguiendo hacia él la aparición, sin vacilar sus imperturbables movimientos, llegó á la puerta y pasó junto al centinela, que no pudiendo sufrir más, ofuscado su entendimiento y desfallecidas sus fuerzas, cayó al suelo sin articular más que con voz debilitada y temblorosa:

—¿Quién... vive?...

Bien sea porque á prevención hubiese preparado su fusil, ó por el golpe, se disparó un tiro que alarmó á toda la guardia, é inmediatamente acudieron todos los soldados en tropel á su socorro, sin haberse dilatado más tiempo que el necesario para tomar sus armas; pero ya Pomposita en el traje de ermitaña, que era la visión á la muerta que se le figuró al centinela, había pasado el puente, y acelerado tanto el paso desde que oyó tan inmediato el tiro del fusil, que á la sombra de los edificios y de los árboles no fué observada por los soldados, que sin duda la habrían encontrado si la hubiesen seguido; pero no dando otra razón el centinela postrado en el suelo sino que se le había aparecido la muerta de la accesoria, unos soldados asombrados creyeron que esta aparición era la profetizada por el lego fernandino, y otros, menos crédulos, atribuían la especie á la imaginación y falta de valor del camarada, á quien dirigían más de una satirilla.

Relevado el centinela, lo llevaron sus compañeros, para que se desengañase, á la accesoria del velorio, y estaba allí tendida la doncella difunta sin dar muestras de haberse levantado para nada. A su vista volvieron á turbarse los sentidos del gallego, y jurando por *Santiajo* que era la misma que se le había aparecido en el foso, se cayó privado, y al día siguiente, según después se supo, lo llevaron con fiebre al Hospital de San Andrés.

Libre ya la Quijotita ermitaña del temor de que la persiguiesen, tomó la dirección al rumbo de Chapultepec, sin acordarse que allí había otro grueso destacamento que, no sólo le impediría la entrada en el bosque, sino que, poniendo los soldados á riesgo su honor y su virtud, la mandarían seguramente á la calle de la Canoa, ó á un buen componer á su casa, con lo que se habrían frustrado sus deseos, dando fin á sus aventuras.

Cuando había caminado más de una hora le ocurrieron todas estas reflexiones, y mudando de rumbo se echó á andar por esos campos de Dios, hasta que, después de cuatro horas largas de viaje, cayendo y levantando, se encontró en una barranca llena de maleza, que dividía las peladas lomas de un páramo desierto, donde á la luz de la luna no distinguió ni choza ni jacal que le indicase ser habitado de los hombres. Y habiendo elegido el lugar más lleno de matorrales donde había unos cuantos árboles que la defendiesen de la inclemencia de las estaciones, des-

fallecida y fatigada de tanto andar, se tiró al pie de un tronco, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre y llena del pavor que le infundía la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las más melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideración; allí se arrepintió de su imprudencia; allí propuso volverse á otro día á la casa paterna como otro hijo pródigo; pero allí también reprendió su cobardía y falta de firmeza; allí atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza; allí se avergonzó de su inconstancia, y allí, por último, determinó morir entre las fieras del campo, antes que dar que decir á los que sabían que ya á aquella hora era ermitaña y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, un sueño irresistible se apoderó de sus miembros y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres y los vemos buscando á su hija, envueltos en la mayor aflicción, la que creció cuando, después de registrar su cuarto, sólo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto y una carta sobre la almohada que decía:

«Padres y señores míos: Vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocación es de ermitaña y yo debo seguirla. Sé que con esto os des-

agrado; pero ¿qué importa, si así agrado á mi Esposo? Diréis que os desprecio; mas no importa que lo digáis, si es por esta causa; escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor no será digno de Él; y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora, así os dejo. Adiós, padres míos; obrad con justicia hasta la celeste Sión, donde nos daremos el ósculo sagrado de la paz. Su amante hija

POMPOSA LANGARUTO.»

El prudente lector considerará cuál sería el sentimiento de los padres de esta niña, cuáles sus temores y cuántas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus conocimientos y empeñaron á los guardas con promesas, todo fué inútil: Pomposita dormía tranquilamente en su barracón y sobre la dura tierra, lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanta es la fuerza del sueño en una joven.

Aún siguiera durmiendo si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota ermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporción que menudeaban